CASANOVA DE SEINGALT.

(1757.)

Jacobo Casanova de Seingalt confiesa ingénuamente en el incompleto relato que ha dejado de su vida, que era uno de los mas consumados pícaros que existian en Venecia, cuando cayó, á pesar de su habilidad, en las garras de la justicia. — Se enorgullece tomando este título pues el de caballero de industria, dice, no le cuadraria perfectamente. La verdad es que el relato de su detencion en *los Plomos* y de su fuga, no carecen de interés. Algunos detalles son erróneos indudablemente, ó llevan el sello de la exageracion : varios escritores pretenden que Casanova se evadió sin tener que vencer tantos obstáculos, sino únicamente la vigilancia de sus carceleros, ganados por él á fuerza de oro; pero no nos toca discutir esta asercion, que no se halla basada en ninguna prueba. El hecho incontestable es que Casanova se evadió de los Plomos de Venecia, y sin garantizar la veracidad en los detalles, le dejamos la palabra :

« ..... Seria el alba del 26 de julio de 1755, cuando el terrible Messer Grande entró en mi habitacion. Me desperté, le ví y no sin extrañeza le escuché preguntarme si era Jacobo Casanova; y como yo le respondiese : — « Sí, yo soy Casanova, » me ordenó que me levantara, me vistiese, y le entregase todos mis papeles, siguiéndole al punto. — « ¿De parte de quién me trasmitís

esa órden? — De parte del Tribunal. » La palabra Tribunal me petrificó y no me dejó mas que la facultad material de obedecer pasivamente. Me lavé y me puse una camisa de encaje y mi vestido de gala. Messer Grande me hizo entrar en una góndola, sentándose á mi lado, escoltado por cuatro esbirros. Llegados á su casa, me ofreció una taza de café que no acepté, y me encerró en una habitacion. Serian las tres, cuando entró el jefe de los arqueros diciéndome que tenia órden de conducirme á los Plomos. Le seguí sin decir una palabra; bajamos á una góndola, y despues de mil revueltas por los pequeños canales, entramos en el gran canal, y abordamos el malecon de las Prisiones (riva de' Schiavoni). Subimos algunas escaleras, atravesamos un puente cerrado (el puente de los Suspiros), que comunica desde la prision con el palacio ducal, por encima del canal llamado *rio di Palazzo*. En el extremo del puente hay una galería que pasamos, entrando luego en una habitacion para pasar á otra, en que me presentó á un individuo revestido con el traje de patricio, que despues de medirme con la vista, le dijo : — « *¿È quello? Mettetelo in deposito* [1]. »

Fué colocado en un calabozo de lo que se llamaba el pabellon de la *Viga*, á causa de una enorme viga que atravesaba esta parte de los pisos superiores del palacio. Los calabozos daban á un vasto desvan iluminado por una claraboya que caia al patio del palacio, y en el que se veian amontonados una infinidad de objetos diversos, papeles oficiales, sentencias del tribunal y muebles de todas clases. Los prisioneros se paseaban allí diariamente algunos instantes, en tanto que los guardianes limpiaban los calabozos. Casanova sufrió mucho con el calor durante los primeros dias de su de-

1. ¿Es ese? Condúcelo á su encierro.

tencion; cayó enfermo, se curó al cabo de algunos dias, y no pensó mas que en recobrar su libertad. Un dia, recorriendo el desvan vecino de su calabozo, notó en un rincon una especie de cerrojo de hierro y un pedazo de mármol negro; se apoderó de estos dos objetos y los ocultó cuidadosamente; cuando estuvo solo afiló una de las puntas del hierro frotándolo contra el mármol, y á fuerza de trabajo y paciencia logró ponerlo puntiagudo.

« Despues de tres ó cuatro dias de maduras reflexiones sobre lo que podria hacer con mi cerrojo convertido en esponton, que era grueso como una caña y de 20 pulgadas de longitud, juzgué que lo mas prudente era abrir un agujero en el suelo debajo de mi cama. Estaba seguro de que la habitacion que se hallaba debajo de mi calabozo, no podia ser mas que aquella en que habia visto al señor Cavalli (el secretario de los inquisidores que le recibió á su llegada); suponia que esta habitacion no estaria cerrada mas que de noche; y no dudaba que tan luego como estuviese abierto el agujero, podria descolgarme fácilmente por medio de mis sábanas; ocultarme despues debajo de la gran mesa del tribunal, y por la mañana, tan luego como abriesen la puerta, salir á escape, y antes de que hubiesen podido seguirme, me habria puesto en lugar seguro. Reflexioné que seria posible colocasen en esta sala á un arquero, pero mi esponton podia librarme de él. El techo podia ser doble y aun triple, y en este caso la dificultad era inmensa; porque ¿cómo impedir que los mozos de servicio barriesen mi cuarto durante los dos meses que podia durar mi obra? Prohibiéndoselo despertaba las sospechas, pues anteriormente habia exigido que lo barriesen todos los dias, y esto les descubriria mi trabajo. Empecé por hacer una prueba, prohibiendo que barriesen sin decir por qué. Ocho dias despues Lorenzo, el carcelero particular que me guardaba, me preguntó el motivo. Alegué la incomodidad del polvo que me hacia toser con violencia. Esto me valió una semana de descanso, y despues Lorenzo hizo barrer el calabozo y examinó todos los rincones con una vela encendida. »

Casanova tuvo entonces la ocurrencia de pincharse el dedo, ensangrentó un pañuelo y dijo á Lorenzo que la tos, producida por el polvo, le habia ocasionado esputos de sangre. El médico le hizo sangrar, y ayudando sin saberlo el ardid del prisionero, declaró que el barrido era peligroso, y que un jóven habia muerto de resultas de un accidente parecido; en fin, los esbirros dejaron de barrer el calabozo de Casanova.

« Diariamente cobraba fuerzas, pero no habia llegado aun el momento de poner manos á la obra: el frio era muy intenso, y mis manos no podian sostener por mucho tiempo el esponton sin aterirse. Mi empresa exigia mucha prevision. Las eternas veladas de invierno me contrariaban, pues me veia obligado á pasar diez y nueve horas mortales en las tinieblas; y en los dias nebulosos, que no son raros en Venecia, la luz que entraba por la ventana no era suficiente para que pudiese leer. No estando distraida mi mente por alguna nueva idea, caia siempre en la de mi evasion... La posesion de una miserable lámpara de cocina me habria hecho feliz, pero ¿cómo procurarme este objeto? Para construir dicha lámpara, necesitaba un vaso, torcidas, aceite, un pedernal, yesca y pajuelas. Tenia la escudilla en que me freian los huevos; bajo el pretesto de que el aceite ordinario me incomodaba, hice que me comprasen aceite de Luca para la ensalada; mi cobertor de algodon podia suministrarme las torcidas. Fingí estar atormentado por un fuerte dolor de muelas, y dije á Lorenzo que necesitaba piedra pomez, pero que una piedra de fusil serviria lo mismo teniéndola un dia en vinagre, y que aplicada luego á la muela calmaria el dolor. Lorenzo me dijo

que mi vinagre era superior y que yo mismo podria poner la piedra, y me dió tres ó cuatro que sacó del bolsillo. Una gruesa hebilla de acero que llevaba á la cintura me serviria de eslabon; me faltaba, pues, el azufre y la yesca. La fortuna me favoreció para lograrlo; padecia de comezon en los brazos con frecuencia, y encargué á Lorenzo que preguntara al médico qué remedio seria conveniente; al dia siguiente me trajo una receta que el secretario habia leido, y en la que ordenaba el médico un dia de dieta, etc., y una untura de flor de azufre... — « Traedme azufre, dije á Lorenzo, tengo manteca y yo mismo me compondré el ungüento. ¿Teneis pajuelas? dadme algunas. » Tenia casualmente en el bolsillo y me las dió. (Las pajuelas de esta época, en Italia, eran una mecha ó cuerdecita embadurnada de azufre.)

« Recordé que mi sastre debió poner estopa en los forros de mi casaca, y que con ella podia reemplazar fácilmente la yesca, y no me engañé. Una vez posesor de todos los ingredientes, tuve al momento una lámpara. Fácil es comprender la satisfaccion que experimenté. Entonces señalé el primer lúnes de cuaresma para empezar la difícil operacion de la ruptura del entarimado, porque en los desórdenes del carnaval, temia las visitas, y mi prevision fué muy prudente. »

En efecto, le dieron un compañero de calabozo, un judío, que fué puesto en libertad dos meses despues.

« Tan luego como estuve solo, me puse á trabajar con actividad. Era necesario que me diese prisa, temiendo que viniese algun otro huésped tan incómodo como el judío, que habia exigido que barriesen el cuarto. Empecé por separar mi cama, y despues de haber encendido la lámpara, me eché en el suelo boca abajo, con el esponton en la mano, teniendo á mi lado una servilleta para recoger las virutas de las tablas del pavimento, á medida que

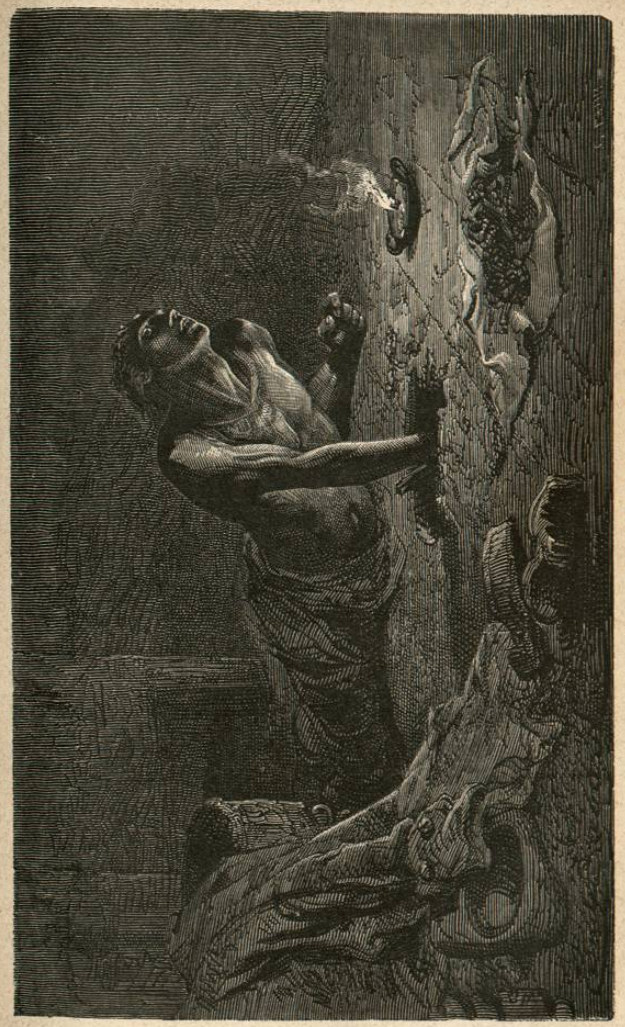
las fuese cortando. Se trataba de destruir el entarimado á fuerza de hundir la punta del esponton. Al principio los pedazos que sacaba no eran mayores que un grano de trigo, pero en breve aumentaron de volúmen.

» Las tablas eran de madera de cedro de diez y seis piés de anchura. Empecé á romper una por el sitio en que se unia con otra, y como no habia ni clavos ni hierro alguno, mi trabajo fué menos difícil. Despues de seis horas de trabajo, lié la servilleta y la escondí para vaciarla al dia siguiente detrás del monton de papeles que habia en el desvan. Los fragmentos de la abertura formaban un volúmen cuádruple que el agujero de donde los habia sacado. Puse la cama en su lugar, y al vaciar la servilleta por la mañana, me convencí de que los fragmentos no serian notados. Al dia siguiente, habiendo roto la primera plancha, que tenia dos pulgadas de espesor, me encontré detenido por otra que supuse igual á la primera. Atormentado por el temor de recibir nuevas visitas, redoblé mis esfuerzos, y en tres semanas acabé con los tres planchones que componian el entarimado, pero entonces me creí perdido porque me hallé con una capa de pedacitos de mármol, conocidos en Venecia con el nombre de *terrazzo marmorini*. Es el embaldosado ordinario de todas las habitaciones venecianas, salvo las de los pobres, porque aun los grandes señores prefieren el *terrazzo* á los mas hermosos mármoles. Quedé consternado viendo que el esponton no hacia mella en esta mezcla, y este accidente estuvo á punto de abatirme y desalentarme del todo. Entonces me acordé de Aníbal y derramé en el hueco una botella de vinagre de yema que poseia. Al dia siguiente, sea efecto del vinagre, sea que refrescado por el reposo consagrara mas fuerza y paciencia á mi trabajo, ví que venceria esta dificultad, porque no se trataba de romper el mármol, sino de pulverizar con la punta de mi ins-

trumento la mezcla que los unia. Ademas noté luego que la gran dificultad existia solo en la superficie. En cuatro dias quedó deshecho todo el mosáico. Debajo encontré nuevas tablas, pero ya me lo habia figurado. Pensé que debia ser la última, es decir, la primera en el órden de los pisos altos de las casas que tienen el techo sostenido por vigas. La entallé con alguna dificultad, pues teniendo el agujero diez pulgadas de profundidad, manejaba el esponton con mucho trabajo.

« El 25 de junio, hácia las tres de la tarde, en el momento en que desnudo y cubierto de sudor, trabajaba en concluir el agujero, teniendo á mi lado la lámpara encendida para alumbrarme en mi trabajo, oí de pronto, con un pavor mortal, el ruido del enmohecido cerrojo y el de la puerta del primer corredor. ¡Horrible momento! Apagué la lámpara y dejando el esponton en el agujero, eché la servilleta con las virutas que contenia y apresurándome á poner en órden mi cama, lo mejor que me fué posible, me eché en ella como muerto en el mismo instante en que se abria la puerta de mi calabozo. Dos segundos antes me habria sorprendido Lorenzo; iba á pasar por encima de mi cuerpo, cuando lancé un grito doloroso que lo hizo retroceder exclamando : « A fé que os compadezco, caballero, porque se ahoga uno aquí como en un horno; levantaos y dad gracias á Dios que os envia un compañero excelente. »

« El recien llegado creyó que entraba en el infierno y exclamó : « ¿Dónde estoy?... ¡Qué calor! Qué peste! » Lorenzo nos hizo salir al desvan y dijo que nos dejaba un momento para que el calabozo se purgase del mal olor que era solamente de aceite. Mi sorpresa fué grande al oirle pronunciar las últimas palabras; con la precipitacion habia olvidado despabilar la torcida despues de haberla apagado. Juzgué que Lorenzo debia saberlo todo



Oí con un pavor mortal el ruido del cerrojo y de la puerta.

y que solo el judío podia haberme hecho traicion; y me congratulé de mi reserva, que me valia el no haberle dicho nada mas. »

Ocho dias despues lo libertaron de su nuevo compañero.

« Al dia siguiente, Lorenzo me dió cuenta de mi dinero, y como me quedaban cuatro cequines, lo enternecí diciéndole que se los ofrecia á su esposa. No le dije que era por el aquiler de la lámpara, pero pudo pensarlo. Continué mi trabajo sin descanso y lo terminé el 23 de agosto. Este retraso lo ocasionó un accidente muy natural. Raspando la última tabla con la mayor circunspeccion para dejarla mas delgada, llegué á la superficie y apliqué la vista á un agujerito por el que debia ver la habitacion de los inquisidores. Efectivamente la ví, pero imperfectamente, pues se interponia por un lado una superficie perpendicular de unas ocho pulgadas. Era una de las vigas que sostenian el techo. Esta contrariedad mo obligó á extender mi abertura por el lado opuesto, porque la viga dejaba un pasage tan estrecho que yo, bastante corpulento, no hubiera podido pasar de ningun modo. Lo agrandé lo necesario, flotando entre el temor y la esperanza, porque podia ser que el espacio comprendido entre las dos viguetas no fuese suficiente. Un segundo agujero me dió la seguridad de que Dios habia bendecido mi obra. Tapé cuidadosamente los agujeritos para impedir que no cayese nada en la sala, ni que pudiese distinguirse la luz de mi lámpara, lo que me habria descubierto y perdido.

» Fijé el momento de mi evasion para la noche de la víspera de san Agustin, porque sabia que con motivo de esta fiesta, el gran Consejo se reunia, y por lo tanto no habria nadie en la *Bussola*, que se hallaba contigua á la habitacion por donde debia pasar necesariamente para

fugarme. El dia fijado era el 27, pero el 25, al medio dia, me sucedió una desgracia que me hace temblar aun, cuando pienso en ello, aunque han pasado ya muchos años desde entonces.

» A las doce oí el ruido de los cerrojos y creí morir, porque un violento latido de mi corazon me hizo temer que hubiese llegado mi última hora. Fuera de mí, y presa de un presentimiento funesto, me dejé caer en el sillon y esperé. Lorenzo entró en el desvan y aplicando el rostro á la rejilla me dijo con alegre tono : « Señor Casanova, os felicito por la buena noticia que os traigo. » Creyendo al pronto que era la nueva de mi libertad, pues no esperaba otra, temblé de piés á cabeza, porque el descubrimiento del agujero habria hecho revocar mi gracia. Lorenzo entró y me dijo que le siguiera. « Esperad que me vista. No es necesario, porque no haceis mas que pasar de este horrible calabozo á otro claro y nuevo, desde donde vereis la mitad de Venecia, y podreis estar en pié. »

Me faltaban las fuerzas y me sentia desfallecer. — Dadme vinagre, le dije, y anunciad al señor secretario que doy gracias al tribunal por esta merced, pero que le suplico me deje aquí. — Me haceis reir, caballero, ¿os habeis vuelto loco? Quieren sacaros del infierno, para llevaros al paraiso y os negais. Vamos, es preciso obedecer; levantaos. Os daré el brazo y os haré llevar vuestros libros y demas enseres. »

» Viendo que la resistencia era inútil, me levanté y me sentí libre de un gran peso, cuando oí que daba órden á un arquero de bajar el sillon, porque mi esponton iba á seguirme y la esperanza con él. Mucho hubiera deseado poder trasportar tambien el magnífico agujero, objeto de tantas fatigas y esperanzas perdidas. Puedo asegurar que al salir de aquel espantoso antro de penas, se me quedó en él el alma.

» Apoyado en el hombro de Lorenzo, que creia reanimar mi alegría con sus estúpidos chistes, atravesé dos estrechos corredores, y despues de haber bajado tres pisos, entré en una habitacion muy clara; de donde pasamos por una pequeña puerta, situada en el lado izquierdo, á otro corredor de dos piés de ancho por doce de largo próximamente, y en uno de los ángulos se encontraba mi nuevo calabozo. Tenia una ventana enrejada, que iluminaba el corredor, y por allí podia disfrutarse de una vista magnífica que se extendia hasta el Lido. No estaba dispuesto á regocijarme por este cambio en tan triste momento; sin embargo, mas tarde ví con júbilo que por esta ventana, cuando estaba abierta, se recibia un viento suave y fresco que temperaba el excesivo calor, lo que era un verdadero bálsamo para los infelices que debian respirar allí dentro, sobre todo en esta estacion. Estas observaciones las hice solamente mas tarde. Tan luego hube entrado en el calabozo, Lorenzo colocó mi sillon y se fué diciéndome que iba á mandarme el resto de mis muebles. Estaba sentado en el sillon, inmóvil como una estátua, presintiendo la tempestad, pero sin temerla. Lo que causaba realmente mi estupor era la idea desconsoladora de que todas las penas que me habia dado, y todas las combinaciones que estudiara, quedaban sin resultado alguno. Estaba en este estado de ansiedad y desesperacion, cuando dos esbirros me trajeron la cama. Salieron al momento para ir á buscar el resto y pasaron dos horas antes de que viese á nadie, aunque la puerta de mi calabozo se habia quedado abierta. Este retardo, que no era natural, me hizo reflexionar atentamente, pero no lograba fijarme sobre ningun punto. Al fin escuché pasos precipitados, y Lorenzo se presentó ante mí, desfigurado por la cólera, echando espumarajos de rabia y blasfemando de Dios y de los santos. Empezó por ordenarme le remi-

tiese el hacha y las herramientas que me habian servido para agujerear el entarimado, y que le declarase cuál era el esbirro que me las habia dado. Le respondí sin moverme, y con mucha sangre fria, que ignoraba de lo que me hablaba. A esta contestacion ordenó que me registrasen; pero, levantándome con aire resuelto amenacé á los miserables y poniéndome desnudo, les dije : « Cumplid vuestro oficio, pero que ninguno me toque. » Examinaron el colchon, vaciaron el jergon, aplastaron los cogines de mi sillon, y no encontraron nada. « ¿ No quereis decirme dónde están las herramientas con que habeis hecho la abertura? Pues bien, se encontrarán los medios de haceros hablar. — Si es cierto que he hecho un agujero en alguna parte, diré que vos me habeis proporcionado lo necesario, y que os lo he devuelto todo. »

« A esta amenaza que arrancó una sonrisa de aprobacion á los que le seguian, y á los que probablemente habria irritado con alguna expresion dura, pateó, se mesó los cabellos y salió furioso, profiriendo terribles amenazas. Los otros volvieron y me trajeron todos mis efectos, menos la piedra y la lámpara. Antes de abandonar el corredor y despues de haber cerrado mi calabozo, Lorenzo cerró tambien las dos ventanas que me daban un poco de aire. A pesar de la costumbre de su oficio, no se le ocurrió la idea de volver el sillon y registrarlo por debajo, de lo que dí gracias á la Providencia por tener aun en mi poder el cerrojo. »

Al siguiente dia Lorenzo trajo al prisionero los víveres de malísima calidad, y un arquero golpeó con un barrote de hierro todas las partes del calabozo, particularmente debajo de la cama.

« Noté, dice Casanova, que no golpeó en el techo. Por allí, me dije, debo salir de este infierno. Sin embargo, no podia hacer nada que no estuviese expuesto á

la vista, pues siendo nuevo el calabozo, el menor arañazo habria sido notado por mis guardianes. »

Lorenzo siguió dando al prisionero los dias siguientes un alimento detestable, y persistió en negarle que limpiasen su calabozo y que abriesen las ventanas. Al octavo dia, Casanova se irritó y pidió la cuenta de su dinero, que Lorenzo le prometió para el otro dia; entonces llevó al preso un canasto de limones de parte del señor de Bragadin y un excelente pollo asado.

« Cuando me presentó la cuenta, no miré mas que la suma y le dije diera el resto á su esposa, salvo un cequin que entregaria á los arqueros que hacian el servicio con él. Lorenzo se quedó solo conmigo y me habló de este modo : — « Señor Casanova, ya me habeis dicho que yo soy quien os ha entregado las herramientas necesarias para hacer el enorme agujero de vuestro antiguo calabozo, y habeis logrado con esto calmar mi curiosidad; pero, ¿ quereis decirme por favor, quién os ha procurado los ingredientes para construir una lámpara? — Vos mismo, señor Lorenzo, le contesté. — Oh! quedo confundido respondió, pues no creia que el ingenio consistiese en el descaro. — Digo la verdad. Vos mismo, con vuestras manos me habeis dado todo lo necesario; aceite, pedernal y pajuelas, y yo poseia lo demas. — Teneis razon; ¿ pero podeis convencerme con tanta facilidad de que yo os he dado los instrumentos para abrir el agujero? — Cierto que sí, pues nada he recibido sino por vuestro conducto. — ¡ Santo cielo, qué escucho! Pero, ¿ cómo os he dado un hacha? — Os lo diré todo, y diré la verdad, pero en presencia del secretario. — No quiero saber mas y os creo. Os suplico guardeis silencio, pues debeis pensar que soy un pobre hombre y que tengo hijos. » Y con esto, se marchó apretándose la cabeza entre las manos.

» Me felicité de haber encontrado el medio de ha-

cerme temer por este bergante, y me convencí de que su propio interés le obligaria á no decir nada de lo que habia sucedido. Habia ordenado á Lorenzo que me comprase las obras de Maffei : este gasto lo contrariaba y no se atrevia á decírmelo. — « Haré que una persona que hay aquí, os preste libros, si quereis en cambio dejarle algunos vuestros, me dijo, y de este modo economizareis vuestro dinero. »

Casanova consintió, y Lorenzo le trajo un libro en cambio de otro que él le habia dado.

« Halagado por la idea de poder entablar una correspondencia con alguno que pudiese secundarme en el proyecto de evasion que habia trazado mentalmente, abrí el libro tan luego como se marchó Lorenzo, y mi alegría fué grande al encontrar en una hoja el paráfrasis en seis buenos versos de estas palabras de Séneca : *Calamitosus est animus futuri anxius*. Al momento compuse en contestacion otros seis, y hé aquí cómo logré escribirlos. Habia dejado crecer la uña de mi dedo meñique extraordinariamente, y cortándola en punta, formé con ella una pluma. No tenia tinta y pensé hacerme un arañazo para escribir con mi sangre, cuando reflexioné que la pintura aun fresca de la pared, podria servirme fácilmente de tinta. Ademas de los seis versos escribí el catálogo de los libros que poseia y lo coloqué en el forro de aquel volúmen. Conviene saber que en Italia los libros se encuadernan generalmente en pergamino y de modo que, al abrirlo, la cubierta forma una especie de bolsillo. Debajo del título escribí : *Latet*. Esperaba con impaciencia una contestacion : al dia siguiente, tan luego como llegó Lorenzo, le dije que habia leido el libro y que suplicaba á la persona me mandase otro. Un momento despues recibí el segundo tomo. Cuando me quedé solo abrí el libro y encontré un papel suelto escrito en latin que contenia lo siguiente : « Somos dos en un mismo

calabozo y sentimos gran placer al considerar que la ignorancia de un carcelero avaro, nos procura un privilegio sin ejemplo en estos lugares. Yo que os escribo, soy Marino Balbi, noble veneciano, regular somasca, y mi compañero es el conde Andrés Asquino, de Udina, capital del Friul. Me encarga deciros que todos los libros que posee y cuyo catálogo encontrareis en el interior de este volúmen, están á vuestra disposicion ; pero os prevenimos, caballero, que necesitamos de todas las precauciones posibles, para ocultar á Lorenzo nuestras relaciones. » Me parecia extraña la recomendacion de prudencia hecha en un papel suelto. Parecia imposible que Lorenzo no abriese el libro ; con lo cual hubiera visto el papel y se habria hecho leer el contenido por alguien, quedando así todo descubierto. Esto me hizo suponer que mi corresponsal era un aturdido. Despues de leer el catálogo, escribí que estaba como cuando me arrestaron, ignorante del crímen que me imputaban, y que tenia la esperanza de verme pronto libre. Balbi me escribió una carta de diez y seis páginas. El conde Asquino no me escribió. El monje me hacia la historia de todos sus infortunios ; y de su larga cautividad, pues hacia cuatro años que estaba preso. »

Esta narracion del monje demostraba claramente que nada habia en él de *regular* mas que el título. Casanova dedujo de su larga epístola que era un fraile sensual, mal razonador, perverso, tonto, imprudente é ingrato. El tiempo debia probarle que no se habia equivocado en ninguno de estos puntos.

« Encontré en el forro del libro un lápiz, plumas y papel, y por lo tanto pude escribir con toda comodidad. Balbi me contaba tambien la historia de todos los prisioneros que estaban en los Plomos y de los que habian estado durante los cuatro años que él llevaba de reclusion. Me dijo que Nicolás era el esbirro que le compraba

secretamente todo lo que queria, le decia el nombre de los otros prisioneros, etc., y para convencerme, me daba parte de todo lo que le habia contado sobre mi proyecto de evasion. Lorenzo habia tardado muchas horas en hacer reparar los destrozos que yo habia hecho, é intimó el secreto al carpintero, al cerrajero y á los arqueros bajo juramento. « Un dia mas, añadió el esbirro, y Casanova se habria escapado de un modo ingenioso que hubiera valido la horca á Lorenzo, porque á pesar de la sorpresa que ha manifestado á la vista del agujero, no es dudoso que era él quien habia suministrado las herramientas necesarias. » Me suplicaba le refiriese detalladamente el suceso, que le dijese cómo me habia procurado los utensilios, y que contase con su discrecion.

» No dudaba de su curiosidad, pero mucho de su discrecion, tanto mas cuanto que su demanda misma lo declaraba el mas indiscreto de los hombres. Sin embargo, juzgué conveniente contentarlo, porque me parecia capaz de emprender todo cuanto le dijese para ayudarme á recobrar mi libertad. Me habia puesto á escribirle, pero una sospecha que cruzó mi imaginacion, me hizo suspender el envio de la carta. Pensé que esta correspodencia podia ser un artificio de Lorenzo para llegar á saber quién me habia proporcionado las herramientas y lo que habia hecho de ellas. Para satisfacerlo in comprometerme, le escribí que habia practicado la abertura con un gran cuchillo que tenia y ocultaba en el pretil de la ventana del corredor. Esta confidencia me dejó tranquilo en menos de tres dias, porque Lorenzo no visitó el pretil de la ventana, lo que hubiera hecho caso de ser interceptada la carta. Ademas el padre Balbi me escribió que no extrañaba tuviese yo un cuchillo, pues Lorenzo le habia dicho que no me registraron antes de encerrarme. El monje acababa suplicándome

que le mandase mi cuchillo por medio de Nicolás, en quien podia fiarme. La ligereza de este hombre me parecia inconcebible. Le contesté que no estaba dispuesto á fiarme de Nicolás, y que mi secreto era de tal importancia que no podia confiarlo al papel.

« Habiéndose pues desvanecido mis sospechas, razonaba de este modo : « Quiero procurarme la libertad á toda costa. El esponton que poseo es excelente, pero no puedo servirme de él, puesto que todas las mañanas examinan mi calabozo por todos lados, excepto el techo. Si quiero salir de aquí, debo salir por el techo, pero necesito un agujero y no podria empezarlo desde abajo con éxito, porque no es obra de un dia. Necesito pues un auxiliar que pueda evadirse conmigo. » No tenia muchos en qué elegir, y mi idea recayó en el monje como era natural. Tenia treinta y ocho años, y aunque no muy rico en buen sentido, pensaba que el amor de la libertad, esa primera necesidad del hombre, le daria bastante resolucion y acierto para ejecutar mis instrucciones. Debia resolverme á confiárselo todo, y luego imaginar un medio para mandarle la herramienta : estos eran dos puntos harto difíciles.

» Empecé por preguntarle si deseaba la libertad y si se sentia capaz de emprenderlo todo para procurársela en union conmigo. Me respondió que él y su compañero eran capaces de todo para romper sus cadenas ; pero añadia que era inútil devanarse los sesos en formar proyectos que no podian ejecutarse ; y llenó cuatro páginas con las mil dificultades que se presentaban á su pobre espíritu. Le respondí que al combinar mi plan, habia pensado en todas las dificultades de que me hablaba, y que le aseguraba quedarian vencidas ; y concluia dándole mi palabra de honor de ponerlo en libertad, si queria comprometerse á ejecutar todo cuanto le prescribiese, al pié de la letra. Me lo prometió y entonces le